

tras manos al fuerte chorro de los cañones vomitantes y gritando como duendes del agua en frenética fiesta... La amarilla corriente de los arroyos lavaba las guijas, intensificaba el verde antes empolvado de los céspedes, y en una hoja, como en una pestaña, temblaba una lagrimita pura del cielo... Recuérdanos la lluvia las primeras pesadumbres de amor, del amor primero y verdadero... En la lejana landa gris, bajo un cielo enorme, fulminaban centellas lividas, llovía recio, con tumulto de batalla; pero en el parque llovía dulcemente, en el parque sólo, adonde no había ido más que uno a la cita... y en una hojuela nueva temblaba una gota de agua, como una lagrimita del cielo...

La lluvia, maná de las sequías, bendición de lo alto, por los ángeles alegremente hisopada, es gozo de los campos y premio de los honrados afares, y acaso nos trae, como un regalo del espíritu, esta melancolía, que nos hace posar el ánimo abstraído en el nimio detalle de la gota o lágrima que tiembla en la hoja como un morado párpado...

¡Luvia de hoy, recuerdo de las lluvias pasadas...! En ella vienen a converger todas las antiguas memorias. La tristeza es ambiente, y el

cielo llora sobre la tierra. Valle hondo, obscuro, valle de lágrimas. ¿Quién sabe si cada gota de lluvia, desde la pupila parda del firmamento, es un tributo a cada pesadumbre humana! Tantas gotas debe de derramar el cielo, que tantas son las vidas, tantas las congojas. ¿Piadosa lluvia, llanto perpetuo, que no ha de fecundizar el yermo del agostado paraíso...!

Mas he aquí alivio de esperanza, la Ceja del Señor, el arco iris, que viene a consolarnos después de la avenida. He aquí el arco iris, pórtico de paz; esbelto arco del dios Indra; ojera a fuerza de llorar la nube...; corona de flores para la tristeza de la tierra... He aquí que ese llover era fecundidad y era vida. El arco iris, que ha disparado la flecha del agua, nos anuncia el sol. La luz dora ya las caritas frescas de las flores y la hierba tierna y hace piar, alegres, los pájaros bañados... Aleluya en el mundo; regocíjese el encerrado corazón tras el empañado vidrio de los ojos. Sólo una melancolía pertinaz, incorregible, se para a contemplar el detalle menudito de una gota temblorosa en la hojuela nueva, como lagrimita pura del cielo...

JOSE BRUNO.
(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)

